



NATALIA MONTEALEGRE ALEGRÍA

EL CÓNDOR PASA

Sobre genocidios y metamorfosis

© Natalia Montealegre Alegría, 2019
© Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República, 2019

Uruguay 1695
11200, Montevideo, Uruguay
(+598) 2 409 1104-06
www.fhuce.edu.uy

Ilustración de portada: Fernando Krahn Parada (Krahn), 1980.
Publicado en la revista chilena de exilio *Araucaria*. Serie «Los pájaros».
Gentileza de Fernanda, Matías y Santiago Krahn Uribe

© Hereus de Fernando Krahn

Diseño: Manosanta desarrollo editorial

Edición al cuidado de: Nairí Aharonián y Maura Lacreu de la Unidad de
Comunicación y Ediciones, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
con la colaboración de Manuel Carballa.

ISBN: 978-9974-0-1703-0

Depósito legal: 376-667

Esta edición de 500 ejemplares se terminó de imprimir
al cuidado de Manuel Carballa, en la ciudad de Montevideo,
en el mes de diciembre de 2019.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

A Raymi y Mateo por la lucidez y los horizontes

TABLA DE CONTENIDOS

11	PRÓLOGO El elegido
19	CAPÍTULO I Un punto de partida
35	CAPÍTULO II Una sucesión de conflictos: política y religiosidad de los sectores medios
59	CAPÍTULO III Mito de origen: contexto histórico y desaparición forzada
67	CAPÍTULO IV El regreso de los hijos de la tierra
95	CAPÍTULO V El colonialismo como destino: indios caucásicos para el Uruguay
111	CAPÍTULO VI La Búsqueda de visión
127	CAPÍTULO VII Cuerpo/persona
145	CONCLUSIONES
153	BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES
173	POSFACIO El buen salvaje cosmológico y las apropiaciones <i>new age</i>

AGRADECIMIENTOS

Por el inicio del trabajo con *segunda generación* y las discusiones apasionadas, agradezco a Enrico Irrazábal, Alondra Peirano y muy especialmente a Graciela Sapriza, por su generosidad y apoyo permanente.

Por la confianza al colectivo Memoria en Libertad y a otras personas de esa generación que han compartido sus experiencias vitales y producciones artísticas conmigo a lo largo de los años. Quiero agradecer especialmente a Gabriela Fernández, Camilo Abrines, Ana Costa, María Eugenia Machado, Marysol Cavada, Leticia Pérez de Sierra, Adriana Alegría, Jorge Montealegre, Raymi Etulain, Alejandra Lucía e Isabel Gallo por sus valiosos aportes para este libro.

A los integrantes del Núcleo de Investigación Religión y Cultura de Flacso Argentina, por su generosidad intelectual, los libros y la calidez en el intercambio.

A Mariela Eva Rodríguez, por sus escritos y compromiso sostenido con las reivindicaciones charrúas en Uruguay.

A las organizaciones del campo de la memoria y los derechos humanos, por su perseverancia y valentía.

A las compañeras y compañeros del CEIL-CEIU y el SCEAM, por la solidaridad cotidiana.

A los amigos y amigas de dentro y fuera de la academia, por el apoyo incondicional y esas discusiones buenas para pensar.

A Gabriel Gatti, ideólogo de múltiples espacios de aprendizaje en torno a algunos de los ejes centrales de este trabajo.

A Flacso Argentina, la beca que me permitió realizar sus seminarios de maestría.

A la Comisión Académica de Posgrados de la Universidad de la República, por la beca de finalización de Maestría que hizo posible gran parte del tiempo de escritura.

A Nicolás Guigou, director de la tesis que da origen a este trabajo, por el profundo interés en el objeto de estudio, además de su lectura atenta y la crítica constructiva de ese manuscrito.

A Sergio González, Marcelo Rossal y Álvaro Rico por sus honestas reflexiones sobre ese texto y los valiosos aportes para este volumen.

A Fernanda, Matías y Santiago Krahn Uribe, por el arte de portada y algunos cuentos infantiles compartidos aún sin conocernos.

A Pablo Wright, por las habilitaciones y la generosidad intelectual.

A Aldo Martín, por ayudarme a despejar el camino de fantasmas.

A mis afectos más cercanos por el amor, la política y la literatura.

Mi enorme gratitud a Nairí Aharonián, Maura Lacreu y Manuel Carballa por el cuidado y compromiso en cada etapa de la edición e impresión de este libro.

PRÓLOGO

EL ELEGIDO

Gabriel Gatti¹

No conozco a Alejandro Corchs Lerena. Comparto con él algunos datos biográficos (*hijo de*, uruguayo), otros no. No sería honesto que me preocupase aquí de hablar de *quién es*. Pero sí déjenme pensar, a partir de la lectura de este magnífico libro de Natalia Montealegre, en *qué es*.

En un solo cuerpo, en un solo nombre, se junta todo: la condición de redentor, de víctima y de chamán, de sufriente, de autor de *bestsellers* y de psicólogo popular. Pasa por ese cuerpo la *new age* y lo aborigen, la trascendencia, el carisma y los psicotrópicos, las transiciones políticas y la autoayuda, la moral del humanitarismo y la ayahuasca. De todo coincide en ese hombre, sí: las clases medias, las víctimas, el individualismo contemporáneo, la ciudadanía y las religiosidades populares. También la uruguayidad. La ensalada es completa, actual, compleja. Sus ingredientes son muy distintos entre sí, tanto que de convocar a la curiosidad de alguien podría ser a la de las cronistas de lo pintoresco, a la de los seguidores crédulos de la novedad, quizás a la de los periodistas atentos a las confabulaciones, o a la de los que saben ver en biografías singulares, sean abyectas, sean heroicas, modelos de vida virtuosa. Seguro que algo de eso ha convocado alguna vez nuestro personaje.

Pero no es fácil ver en esa ensalada de cosas algo que pueda atraer a la curiosidad ordenadita, ordenadora, del científico social, socióloga

¹ Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertistatea.

o antropólogo. Suena a aquello muy distante del tipo de racionalidades con las que estos se atreven, con las que nos atrevemos.

No es el caso de este libro al que, como se atreve con eso, tendría que calificar de valiente. Y sí, lo es, pero diré que es más que eso, que es analítico, que sin disimulo, con los rigores y rigorismos que exige desplegar una disciplina científica, se acerca a mirar con lupa de entomóloga una vida y una obra, la de Alejandro Corchs Lerena, para saber qué hay detrás de la compleja y heteróclita ensalada que este singular personaje encarna. ¿Qué tiene ese sujeto que hace de lo que representa un hecho social mayor? ¿Por qué ese nombre, ese cuerpo, ese hombre cataliza tanto y tan claramente fenómenos tan diversos? Natalia Montealegre encara ese problema y muestra que Corchs es lo que él dice, que no miente, que es un elegido, que es el escogido. Literalmente, que es el que encarna la ley.

Y no a una ley, sino a muchas. La primera ley es la del *patetismo*. Entiéndase bien: me refiero a esa ley que dicta que la expresión pública, privada, íntima de cualquier padecimiento, dolor, sufrimiento, legítima, da derecho a hablar. Corchs expresa de eso a espuestas, pues su cuerpo encarna múltiples subalternidades, y a través de él todas se hacen presentes ante nosotros: la de quienes sufrieron vulneraciones recientes de los derechos humanos (sus padres desaparecidos, con los que conecta y que viven en él), la de quienes lo hicieron cuando ni siquiera existían los derechos humanos (los pueblos originarios, carne de tierra, con los que conecta, de los que es parte, y que toman voz por él). Didier Fassin (2011) ha sabido ver en la expresión patética del ser uno de los motores de un presente, el nuestro, cuya economía moral no se ordena alrededor de la justicia, la integración, el igualitarismo o cualquier otro de los pilares de aquel viejo solidarismo que nos constituyó cuando lo que queríamos era ser ciudadanos, sino que lo hace en torno a «expresiones profundas» de humanidad. Estas se manifiestan de muchas maneras, pero sobre todo de maneras dolorosas. Así es, para ajustarse a la ley —a la ley

moral— hoy hemos de expresar sentimiento, no razón: amor, compasión, empatía, incomodidad, y en la cima de la economía moral del presente, que es, insisto, patética, dolor y padecimiento. De ese dolor ya no importa la causa (explotación, olvido, represión, injusticia), tampoco el causante (el mal, el malvado, el capital, la codicia, este o aquel represor); importa el efecto, el dolor mismo, que nos iguala a todos, que, de ese modo, por ser sufrientes (da igual si actuales, pasados o futuros) es que somos humanos. Da igual, entonces, que los padres de Corchs fueran víctimas de desaparición forzada, que su desaparición lo fuera en el marco de un plan, que alguien los matase. Da igual también por qué estás en un lugar de la escala social donde tu experiencia vital será la de padecer. Importa cómo lo gestionas, cómo lo resistes. Es cosa de resiliencia de manual de (auto)ayuda.

Corchs flota en ese mar de padecimientos. Y no es el único, no, que subyuga por eso o cae subyugado ante eso ¿No lo hacemos todos hoy? ¿No somos todos hoy actores de ese padecer generalizado, que es lo que parece constituirnos en sujetos parte de una comunidad, la de los nuevos ciudadanos, en la que todos, de un modo u otro, somos porque sufrimos? Algunos poderosos sociólogos (Vincent de Gaulejac, Danilo Martuccelli, François de Singly, para más señas, francófilos o franceses; es a ellos a quienes les saltan más fácilmente que a otros las alarmas cuando la vieja ciudadanía peligra) nos han advertido de esta novedad, la de una sociedad repleta de sujetos desesperados buscando canalizar neurosis y sufrimientos a través de espacios de sanación, de dinámicas de salvación, de manuales de autoayuda, de redes de cuidado, de conexiones renovadas con la Madre Tierra, con los Pueblos Originarios, con el Sur Global, con el Ser Auténtico. El mundo está repleto de estos lugares de encuentro entre los insatisfechos con la ciudadanía, de izquierda y de derecha, del sur y del norte. Como en aquella magnífica película *El club de la pelea* (Fincher, 1999), en esos espacios coinciden muchos: neuróticos anónimos, luminosos hijos de desaparecidos, numerosos

descendientes de pueblos subalternos. Una legión de sufrientes (in) felices. Abollados, como Corchs.

Y todos son, somos, *víctimas*. Esa es la segunda ley que Alejandro Corchs encarna: su cuerpo de sujeto-marcado-por-el-sufrimiento nos representa por eso a todos, a los también abollados por algo, sea por la infelicidad, por la pérdida de horizontes o por alguna violencia sufrida directamente o heredada; da igual por qué en realidad: el sufrimiento sincero es lo que importa. Esa parece ser la condición general: víctima. No es la víctima de antes, de hace poco, de esa era gloriosa de equilibrios y armonías que llamamos *modernidad*. Esa víctima era quien por un acto de violencia extrema quedaba fuera de lo común, cuando lo común era un «señor ciudadano», íntegro, preocupado por lo que nos une (sociedad), al tanto de lo compartido (política), inquieto por la armonía (justicia). La víctima era el que ya no podía ser eso: una mujer violentada, un niño apropiado, un militante torturado, una persona sacrificada por el progreso. Quedaban a un lado, mientras al otro seguían los ciudadanos, que buscarían desde ese momento curarlos, atenderlos, reintegrarlos.

Pero ya no es así, ya no funciona más así: el espacio común es ahora un espacio de padecimiento, que nos contiene a cada uno con nuestras propias y neuróticas abolladuras. Ya no hay *dónde* huir: no hay afuera, pues todos y todas somos víctimas. Nos queda juntarnos, confesar sentimientos, patetizar con otros, hablar del dolor. «Hola, soy Gabriel Gatti y yo también soy víctima...»

Poderoso encanto el de las víctimas (Gatti, 2016). Muchos desean serlo: víctimas del Holocausto en la Europa de posguerra, víctimas del 11S en Estados Unidos, víctimas de la violencia de género, víctimas del terrorismo de Estado en Argentina, en Uruguay o en España. Conocerán casos. O los que buscan ancestrías vapuleadas por su condición racial. O quienes sitúan en la historia de sus parentelas a un sufriente. ¿Conocerán también, quizás ustedes? Yo mismo encajo en mucho de eso. Decir que desean o deseamos ser víctimas quizás

suene fuerte o exagerado. No lo creo: no está del todo desajustado el verbo si lo que se quiere es dar cuenta de una dinámica de reconocimiento que coloca al que padece en el centro de la ley moral. Así es, ser víctima hoy es tener identidad y aunque quien ocupe ese lugar sufra, y sufra de verdad, existirá; y aunque el dolor sea un botón incómodo, poco confortable, no es mal precio que pagar si a lo que da acceso es a la existencia. Es mucho eso ahora, en este mundo sin grandes ofertas de sentido.

Víctimas pues que son ya ciudadanos, qué paradoja la del mundo de víctimas (Gatti, 2017). Corchs no la desanuda, la recoge, la moviliza, la lleva a extremos. No hace más que seguir una tendencia a la que dimos salida hace ya tiempo, cuando ayudamos a que al espacio público llegase el patetismo. Lo trajimos nosotros, sí, cuando reivindicamos —e hicimos bien— el derecho a expresar el dolor y señalamos lo inmensamente justo del acto de hacer caso al sufrimiento, lo profundamente político del gesto de ser sensibles a las cadenas de cuidado. Y el dolor se quedó en el lugar de lo público y ya no se va. Al hacerlo, dimos entrada al victimismo primero (el dolor directo legítima), después al familismo (Jelin, 2011; Vecchioli, 2017), que da naturaleza de verdad a lo dicho y hecho por alguien ligado a un sufrimiento por derecho de sangre (el dolor se hereda y es patrimonializable). Ahora estamos llegando al *hijismo*, fase superior de ese «mal espantoso» (Goyochea, Grynberg y Perez, 2018, p. 180) que es el familismo. Corchs —que «sobre todo es hijo de» (Montealegre, en este libro)— supo leerlo y elevarse a la altura de icono pop. Es el elegido, sí, el cuerpo de la nueva ley.

En este libro Natalia Montealegre propone una hipótesis sencilla para desentrañar semejante complejidad; algo así: que Corchs, que lo que dice Corchs, expresa las nuevas manifestaciones de la religiosidad de los sectores medios uruguayos en ese contexto tan singularmente local que es el de la posimpunidad. No estoy seguro de compartir la hipótesis. O sí, pero parcialmente: me parece que, en efecto, lo que